

Aceptar la persona de Jesucristo, revelador del Padre por la fuerza del Espíritu Santo, es aceptar lo específico y propio de la espiritualidad cristiana. La vida Trinitaria como origen y fuente de la espiritualidad, que da sentido a la misma espiritualidad, que abre horizontes de realización a la misma acción externa de la Trinidad.

Por eso, aceptar a Jesucristo como “Dios con nosotros” supone una apertura práctica hacia lo propio de su vida y misión: “hacer la voluntad del Padre”, que no es otra cosa que la realización de la justicia y libertad plenas, es decir, la realización del Reino de Dios. Esta apertura a la acción del Espíritu en la comunidad eclesial, suscita la experiencia de fe en los creyentes y se manifiesta a través de formas nuevas, originales y fecundas, donde se vislumbra la riqueza de la Vida Trinitaria en la vida eclesial.

Desde luego que esta vida espiritual, como respuesta relevante a la acción de la Trinidad, ha enriquecido y viene enriqueciendo la historia eclesial. Aun más, en este tiempo de grandes y profundos cambios, es preciso reconocer el gran aporte que el pueblo de Dios brinda al mundo. Por medio de la gran riqueza espiritual, obra del Dios Trino en la Iglesia, puede aportar el mejor servicio a favor de la dignidad del ser humano.

Siendo una comunidad religiosa, una comunidad de fe, que presenta como el arco iris, una gama de carismas espirituales, tesoro de vida espiritual, la Iglesia aporta desde su mismo ser y por la gran variedad de caminos específicos de vida espiritual, la novedad evangélica: “Jesús es la respuesta a las preguntas más profundas de nuestra existencia; en su palabra y en su acción encontramos las respuestas a nuestros problemas. Por consiguiente, en fidelidad del seguimiento, en comunión con los Pastores de la Iglesia y en la intimidad del encuentro personal y comunitario, se discierne en cada situación, la acción correspondiente, guiados y fortalecidos por el Espíritu para anticipar el Reinado del Padre en la historia” (Informe Celam 2000, No 280).

Conscientes de nuestra tarea animadora en la vida y acción pastoral, queremos aportar elementos de espiritualidad enmarcados en el contexto latinoamericano y caribeño. Es la riqueza de una Iglesia que se perfila en la sociedad continental con nuevo vigor, dando signos de esperanza a los millones de hombres y mujeres que co-

nocen de primera mano, las consecuencias de una humanidad que ha querido olvidar y construir un proyecto social sin Dios.

Con este aporte de espiritualidad latinoamericana, queremos expresar nuestra gratitud a los autores de los artículos que ofrecemos en esta edición a nuestros amables lectores. Con ellos expresamos nuestro “Si”, el “hágase en mi según tu Palabra”, nuestra solicitud tanto en los problemas personales y sociales de los hombres y mujeres de nuestro continente.

En los últimos cinco años, se ha podido proyectar el anhelo de servicio pastoral a nuestra amada Iglesia continental por medio de las reflexiones teológico-pastorales que hemos podido ofrecer, gracias al aporte de un excelente grupo humano de investigadores, estudiosos de la Teología y la Pastoral de nuestra Iglesia. A todos ellos y a nuestros amados lectores un profundo sentimiento de gratitud por sus aportes, por su acogida, por sus propuestas.

La vida sigue su marcha. Y como nos decía el Papa Juan Pablo II en la Novo Millennio Ineunte, al proponernos un nuevo horizonte pastoral para la Iglesia: “Rema mar adentro”. En el Señor Jesús nos lanzamos en este nuevo año, en este nuevo camino de fe, donde muy seguramente la Revista Medellín será un vehículo de difusión de la gran noticia que transformó el mundo: “Dios está entre nosotros”, Dios “Fijó su morada entre nosotros”. Este es el hilo conductor en el cual hemos querido fijar nuestra mirada y nuestra atención. Desde allí encontramos luces para iluminar toda nuestra acción y reflexión pastoral, para así encontrarlo, reconocerlo y anunciarlo como el Señor de la historia, que hace posible y constituye la comunidad de hermanos y hermanas, donde por medio de la conversión, se construye la comunidad y la solidaridad.

A todos y todas gracias. Quiera el Dios de la Vida, que los lazos forjados en este tiempo de Dios, pueda ayudarnos a entrar con ánimo y esperanza en este nuevo año, en este nuevo camino que Dios nos señala. En torno al Niño Jesús, al calor del Hogar de Nazareth, celebremos la Encarnación de Dios en nuestra historia y en nuestras vidas. Que Nazareth, la escuela de vida, se prolongue por medio de nuestros esfuerzos y luchas en proyectos que consoliden la realización de todo hombre y mujer.

A todos y todas les deseo que sigamos haciendo de nuestra revista un canal de comunicación para animar la vida eclesial en nuestro continente. Desde ya deseo al nuevo director los mejores augurios en sus proyectos.